

The Eruption of Mayon Volcano in 1814

By

FRANCISCO ARAGONESES, O.F.M

INTRODUCTION

The author, Fr. Francisco Aragonese, was born in Segovia, Spain on September 11, 1767. At the age of seventeen, he joined the Franciscan Order as a response to a clear call to the religious life. In June of 1792, Fr. Aragonese started his missionary life in the Philippines. His first assignment was in Manila and thereafter was transferred to the Camarines province to take over the evangelical ministry for the towns of Bula and Budiao. There is no record as to how many years he actually spent in Bula and Budiao but the end of the 1700's found him a conventual preacher in the church of San Francisco in Intramuros. In the early 1800's, Fr. Aragonese was sent to the Bicol region to administer as Parish Priest the towns of Bula, Daraga (formerly Cagsawa) and Oas.

Fr. Aragonese was the Provincial Superior of the Franciscan Order in the Philippines at the time of his death on March 6, 1830. He was sixty-three years old and had been a priest for forty-seven years.

Fr. Aragonese's account of the eruption of Mayon volcano on February 1, 1814 is the most vivid and eloquent description of that tragedy or calamity. His language in describing that frightful event is matched by the paradisiacal description of the environment and the joyful disposition of the Bicolanos. A veritable garden of Eden transposed in the soil of Bicol. Reading his account is like listening to a masterful oratorical piece. He must have purposely designed it to move the Manila residents to pity and compassion for the afflicted victims.

• *Philippiniana Sacra*, Vol. XXVI, Number 76 (January - April, 1991) 103-112

PHILIPPINIANA SACRA, Vol. XXVI, No. 76 (1991)

There are not too many written accounts of this episode, but Fr. Aragoneses' stands out as a moving and ever present memory of that great devastation. The well known authors Blair and Robertson have written very few lines about it, to wit:

"On February 1, 1814 a fearful eruption occurred in the volcano Mayon, which partially or wholly destroyed many villages in Albay and Camarines; hot stones, sand and ashes were poured from the crater, and villages were thus set on fire and their inhabitants killed. The slain numbered 12,000 thousand, besides many more who were seriously injured, and those who escaped lost their possessions. The most fertile and beautiful districts of Camarines were converted into a desert of sand". (Blair, Emma Helen, and James Alexander Robertson, *The Philippine Islands*, 1493-1898, Cleveland, 1903-1909, 55 vols., vol. LI, pp. 34-35); Cfr. also: Enrique Abella y Casariego, *Monografía geológica del volcán de Albay o Mayón*. Seismological Society of Japan, Vol. V, Tokyo, Government Printing Office, 1883.

For a few more additional details concerning the eruption of Mayon Volcano see also: Felix de Huerta, O.F.M., *Estado geográfico, topográfico, estadístico, histórico-religioso de la santa y apostólica provincia de San Gregorio Magno*, Binondo, Imprenta de M. Sánchez y Cia, pp. 254-257.

Pablo Fernández, O.P.

Suceso Espantoso y memorable acaecido en la Provincia de Camarines el día primero de Febrero de este Presente año de 1814.

Un Pastor, cuyas ovejas han padecido, y actualmente quedan padeciendo, las mayores calamidades y miserias, llega a implorar con una absoluta confianza la conocida y notoria piedad de los habitantes de estas Islas, particularmente del ilustre vecindario de esta capital de Manila, suplicando encarecidamente a todos sus individuos se dignen por Dios y por su Santísima Madre remediar en aquel modo que a cada uno le sea posible las necesidades que padecen mis afligidos y consternados feligreses, los naturales de los destruidos pueblos Cagsaua y Budiao en la provincia de Camarines, de resultas de la espantosa y para siempre memorable erupción del volcán de Albay, acaecida en el día primero del mes de Febrero de este presente año, de la que, como testigo de vista, ofrezco al público la siguiente relación.

Habían pasado más de trece años que el volcán de Albay, llamado por aquellos naturales Mayón, guardaba un continuado y profundo silencio, sin dar la menor señal de vida. Nadie le miraba ya con aquella desconfianza y horror que regularmente infunden todos los volcanes a los que habitan en sus inmediaciones. En el año de mil y ochocientos sucedieron sus últimas erupciones, en las que arrojó gran cantidad de piedras, arenas y cenizas, según siempre ha acostumbrado, causando muchos daños a los mismos pueblos que ahora enteramente ha destruido, inutilizándoles un gran número de sementeras, que desde entonces quedaron convertidas en áridas y espantosas ramblas. En los últimos de octubre del dicho año sucedió la última erupción, y la que más daños causó a los dichos pueblos. Desde entonces no habíamos notado en él señal alguna sensible que denotase ser volcán, por cuyo motivo se le había ido poco a poco perdiendo todo el miedo que antes infundía. De consiguiente, su dilatada y espaciosa falda se hallaba ya convertida en un ameno y hermoso jardín. Particularmente los pueblos de Camalig y Budiao

habían sembrado en ella muchos cocos, cacao, abacá y todo género de árboles frutales, con muchas raíces y legumbres, que al mismo tiempo que causaban un agradable golpe de vista, mantenían con sus excelentes producciones a muchas familias industriosas.

Este estado se hallaba el volcán el día primero del pasado mes de febrero. Ninguno pensaba ya ni aún remotamente en los daños y perjuicios que acostumbraba ocasionar un tan mal vecino. Nos habíamos llegado a persuadir, a vista de un silencio tan dilatado, si acaso estaría ya enteramente apagado, y cerrados todos aquellos conductos subterráneos por los que atraía a sí, y encendía las materias combustibles que tan continuamente en otro tiempo arrojaba. Tampoco habíamos visto ni notado señal sensible que nos indicase de antemano lo que iba a suceder. En las erupciones pasadas se oían mucho tiempo antes unos ruidos subterráneos que eran seguros presagios de ellas. También exhalaba casi continuamente un humo muy espeso con que las anunciaba. Mas en la presente ocasión nada de todo esto notamos. Es cierto que el día último de enero sentimos algunos pequeños temblores, pero apenas hicimos caso de ellos, respecto a haber sido estos allí muy frecuentes desde el horroroso que padecimos el día cinco de octubre del año de mil ochocientos y once. El lunes por la noche se aumentaron los temblores. A las dos de la mañana sentimos uno más fuerte que los que hasta entonces habíamos experimentado. Volvió a repetirse a las cuatro, y desde esta hora casi fueron continuos hasta que comenzó la erupción.

Amaneció el martes, y apenas he notado en Camarines una mañana más serena y apacible, y un horizonte más despejado. Noté, sin embargo, que los cerros más inmediatos al volcán estaban cubiertos de una neblina que yo creí ser humo de alguna casa que en aquella noche se hubiese por allí cerca quemado. Dieron las ocho de aquella mañana fatal, a cuya hora comenzó el volcán a arrojar de repente una espesa columna de piedras, arena y ceniza, que con la mayor velocidad se elevó en un momento a lo más alto de la atmósfera, a cuya vista quedamos sorprendidos y llenos del más grande pavor, y más cuando notamos que a toda prisa se iba también cubriendo la falda del volcán. Jamás habíamos visto una semejante erupción, y desde luego nos llegamos a persuadir que un grande arroyo de fuego venía sobre nosotros y nos iba a consumir. La primera diligencia que se hizo en mi pueblo fue consumir el Divinísimo y ponernos en una precipitada fuga. La prisa con que todo aquel horroroso aluvión caminaba hacia nosotros no nos dio mucho lugar para formar pensados y largos discursos. El espantoso ruido que formaba el volcán causaba un grande terror, aún a los corazones más animosos. Corríamos todos azorados y llenos de la mayor congoja y consternación, procurando coger los más altos y apartados lugares, a fin de ponernos a cubierto de un tan inminente peligro. Se comenzó a obscurecer el horizonte, y se redoblaron nuestras angustias. Crece por instances el ruido del volcán y se aumentan las tinieblas, y nosotros seguimos constantemente nuestra fuga para librar la vida, alejándonos más y más de un objeto tan espantoso. Pero, por mucha que sea la velocidad con que caminábamos, nos alcanza en nuestra desgraciada fuga una enorme lluvia de disformes piedras, a cuya violencia quedan muchos infelices privados en un momento de la vida. Esta imprevista y cruel circunstancia nos obliga a hacer pausa en nuestra carrera y refugiarnos debajo de las casas; pero caen de lo alto llamas y piedras encendidas que en breve tiempo las reducen a cenizas.

¿Quién será capaz de hacer una relación exacta de unas escenas tan tristes y melancólicas y presentarlas al público del mismo modo que sucedieron? ¿Quién de nosotros pensó quedar con vida a vista de unas señales tan manifiestas de la divina justicia? Por lo que a mi toca, tuve en aquellos amargos instantes muy en la memoria la desastrada suerte de las ciudades de Pentápolis, y desde luego me persuadí que los desgraciados pueblos de Camarines iban a padecer la misma infeliz suerte. Terribles recuerdos a la verdad, pero que tenían por apoyo la inmoralidad de costumbres que había tiempo se notaba en los dichos pueblos.

En tan amargas y terribles circunstancias clamábamos a Dios en aquel modo que podíamos, de lo más íntimo de nuestros angustiados y casi moribundos corazones, pidiéndole perdón y misericordia. Se acabó enteramente de obscurecer, y quedamos rodeados y sumergidos en las más densas y palpables tinieblas, sólo comparables a las que en tiempo de Moisés se vieron en Egipto. Desde este punto casi se acaba la reflexión, desaparece el consejo y ya nadie se encuentra para nadie. El Padre desampara a sus hijos, el marido a su mujer; ésta no se acuerda de su amado esposo, y hasta los hijos se olvidan de sus padres. Ninguno piensa poder servir a sus semejantes, porque todos presumen que van a morir.

Pero, como el hombre aun en los lances más críticos y apurados procura por todos los medios posibles la conservación de la vida, todos aplicanos a este interesante objeto cuantas trazas y arbitrios nos subministraba el terrible apuro a que nos veíamos reducidos. ¿De qué varios y diversos modos no nos valimos los que hemos quedado con vida para no parecer entonces? En las casas ya no hallábamos refugio. Era preciso desampararlas a toda prisa para no perecer con ellas. Salir al descubierto, era exponerse a un riesgo no menos peligroso, porque las piedras que caían eran de un enorme tamaño, y caían tan espesas como cae la verdadera lluvia. Es necesario, para no morir de uno u otro modo, cubrirnos y defendernos en la manera que nos sea posible. Así lo ejecutamos. Unos se cubren con cueros de vaca y carabao, otros con mesas y sillas, otros con tablas y bandejas. Muchos se guarecen en los troncos de los árboles, otros entre las cañas y matorrales y algunos se escondieron en una cueva que les ofreció la falda de un monte. Sólo vivimos los que tuvimos la dicha de podernos defender de alguno de los modos dichos; pero los que se hallaban a campo raso, sin nada a la mano con qué poderse cubrir, casi todos perecieron o quedaron heridos.

Crece hasta lo sumo el horrible y espantoso ruido del volcán; se aumenta la lluvia de piedras y gruesas arenas; no cesan las piedras y cometas encendidos y en muy breve tiempo reducen a cenizas los más hermosos pueblos de la provincia de Camarines. ¿Queréis más señales análogas de lo que ha de suceder en el juicio final? Los animales del monte bajan precipitadamente a los pueblos a buscar en ellos un seguro asilo. Los domésticos corrían despavoridos con el mayor desorden y espanto, dando unos brámidos que indicaban lo cercano de su fin. Nada nos interesaba en aquellos amargos momentos que la conservación de la propia vida. Pero, ha! que la divina justicia tiene ya marcadas y señaladas con su dedo omnipotente un gran número de víctimas que han de perecer en este día de ira y de furor, en todo muy semejante a lo que del día del juicio final leemos en las Sagradas Escrituras.

Como a las diez del día cesó la lluvia de gruesas piedras, y cada cual procuró permanecer en el estado en que entonces se hallaba, aguardando que cesase igualmente la de gruesas arenas que a sucedió (sic) o que sobreviniese otra nueva e imprevista calamidad que acabase con todos nosotros.

En este estado permanecemos hasta la una y media de la tarde, a cuya hora se comenzó a aplacar el ruido del volcán y a despejarse un poco el horizonte, con cuya vista renació en nosotros la esperanza de vivir, que hasta entonces había estado casi enteramente muerta. Como a las dos de la tarde acabó de aclarar del todo y comenzamos a divisar con distinción los horrorosos y lastimosos estragos que las tinieblas nos habían ocultado. Vimos con asombro la tierra cubierta de cadáveres; los unos muertos por las piedras y los otros consumidos por el fuego. Doscientos de estos perecen en la iglesia de Budiao, y treinta y cinco en una sola casa de dicho pueblo. El gozo de que muchos se hallaban poseídos por haber librado la vida en unos peligros tan inminentes, se les convierte en un instante en la pena más amarga por verse privados de sus parientes, amigos y conocidos. Efectivamente, allí encuentra el padre muertos a sus hijos; aquí el marido a su mujer; y ésta se ve privada de su marido. Particularmente en el pueblo de Budiao serán muy pocos los que no hayan perdido alguna de sus prendas más amadas. Por otra parte, se encuentran a cada paso otros innumerables infelices tendidos por el suelo, los que, aunque no habían perdido la vida, quedaron haridos o magullados de mil modos y maneras. Unos con las piernas quebradas, otros sin brazos, otros rajadas las cabezas y, finalmente, otros con todo su cuerpo lleno de heridas, fueron los tristes objetos que se nos presentaron en el resto de aquella tarde; de los que muchos murieron inmediatamente y otros en los días siguientes, quedando los demás abandonados a la más aciaga suerte, sin médicos, sin medicinas y careciendo aún del necesario alimento.

Horrendo y lastimoso día, por cierto digno de quedar grabado para siempre en nuestros corazones. Ninguno de nosotros pensó en él quedar con vida. Se nos presentó la muerte en varias y espantosas formas, amenazándonos privar de la vida de varios y horrorosos modos. Pero la mano poderosa de nuestro benéfico y soberano Dios la manda que nos deje libres. A esta imperiosa voz se aterra la pálida muerte. Se estremece, cruje y nos deja libres. Huye, fugitiva y pavorosa, a las cavernas de la tierra, y allí se empieza a quejar y condoler de las presas que se la han quitado. Parece que aquel día quería ensangrentar su guadaña más de lo acostumbrado; pero la fue preciso sujetar su indómita cerviz ante el que gobierna los imperios y por cuyo mandado se estremecen los abismos.

El triste resultado de las desgracias de este día ha sido la ruina total de cinco pueblos en la provincia de Camarines y la principal parte de la cabecera de Albay; la muerte de más de mil y doscientos infelices, y otros muchos gravemente heridos; la pérdida de cuanto poseían en este mundo los que han quedado vivos, sin casas, sin ropa, sin animales, sin sementeras y sin tener un bocado propio que comer; la lastimosa e infeliz suerte de muchos que han quedado huérfanos abandonados a la divina providencia; otros, viudos con la pérdida de cuatro, cinco y aún más hijos que tenían; la entera destrucción de sus iglesias y casas parroquiales, con todo cuanto en ellas había, por lo que no se pudo administrar los sacramentos a tantos como

murieron en aquellos días de resultas de sus heridas, los que fueron sepultados sin ninguna pompa ni ceremonia, y los muchos que nacían fue preciso bautizarles con agua natural, porque las circunstancias no daban lugar a otra cosa.

El aspecto que ahora ofrece el volcán es el más triste y horroroso. Su falda, que antes estaba tan cultivada y que causaba el golpe de vista más pintoresco, no es ahora más que un árido y estéril arenal. Las piedras, arena y cenizas que la cubren son en una cantidad tan asombrosa que por partes exceden de diez y doce varas su grosor, y en el mismo sitio que antes ocupaba el pueblo de Budiao se encuentran parajes en que casi se llegaron a cubrir los cocos. En los pueblos arruinados, y casi en todo su término y territorio, ha quedado cubierta la tierra de media vara de arena, y apenas ha quedado un árbol vivo en todos ellos. La cúspide, o cráter, del volcán ha bajado, a mi parecer, más de veinte brazas, y por la parte del Sur descubre una espaciosa y horrenda boca que causa espanto el mirarla. Se han abierto otras tres bocas nuevas a bastante distancia de la principal, por las que también arroja humo y ceniza. En fin, los pueblos más hermosos de Camarines y la parte principal de aquella provincia ha quedado convertida en un infructífero arenal.

Ved aquí, generosos habitantes de estas Islas, como en un breve y tosco compendio, lo que acaba de suceder en Camarines. Sus más hermosos pueblos quemados, su terreno enteramente destruido, sus habitantes en número de más de veinte mil dispersos, destituidos de cuanto tenían, padeciendo mil necesidades y miserias y pidiendo limosna de hambre. Y, a vista de tantos y tales trabajos y miserias como quedan padeciendo aquellos desgraciados e infelices, ¿no es com- padeceréis de su suerte cruel y lastimosa?

Conozco muy bien la casi extrema necesidad en que actualmente se halla esta capital de Manila, pero al mismo tiempo sé también que con vuestros desperdicios y deshechos podéis aliviar en gran parte la extrema indigencia y suma pobreza de aquellos miserables. Ellos no os piden plata, porque saben que no la tenéis, pero os tributarán un millón de gracias y los más tiernos agradecimientos, si os dignáis darles de limosna aquellas ropas viejas que tenéis guardadas en vuestras casas y aparadores, y de las que ya no hacéis uso alguno. Cualesquiera trapo viejo del que es podáis deshacer sin incomodidad propia, será para ellos una gala muy apreciable, que sabrán estimar más de lo que yo sabré deciros.

Sí, ilustres habitantes de Manila: todos aquellos infelices naturales de Camarines quedan pendientes de vuestra magnificencia y caridad patriótica. Aguardan con ansia vuestros auxilios y socorros, y uno de sus párrocos que ha venido en persona a implorar vuestra clemencia, conociendo el tierno y caritativo fondo de vuestros generosos corazones, os dirige esta sucinta relación, más para daros una noticia circunstanciada de lo sucedido en aquella provincia el día 1 de febrero que para excitar vuestra caridad hacia aquellos miserables, pues vivo firmemente persuadido de que, a vista de tantas y tan enormes desgracias como han padecido, y en la actualidad quedan padeciendo, procuraréis por vuestra parte esforzaros a remediarlas en aquella manera peculiar que a cada uno de vosotros le sea posible, entendiendo que con dificultad se os puede presentar en todo el tiempo de vuestra vida una ocasión más oportuna y más propia para ejercer la caridad con

vuestros semejantes afligidos, y de que Dios Nuestro Señor mirará con una particular complacencia cualquiera leve sacrificio que os dignéis hacer por ellos, pues sabéis muy bien que la limosna abre las puertas del Cielo y cubre la multitud de los pecados.

Así lo espera conseguir vuestro más humilde servidor y capellán.

Fray Francisco Aragonese

N.B.: The original printed copy can be found in the Archives of the University of Santo Tomás (uncatalogued). It does not bear the time and date of printing.

**(Here follows a somewhat free and summarized
English version of the preceding Spanish text.)**

Fr. Aragonese's Account of the Mayon Volcano Eruption on February 1, 1814

For the love of God and His Holy Mother, I implore the residents of Manila to take pity and have compassion on my beloved flock, the people of Budiao and Cagsawa of the Camarines province whose lives have been rendered destitute, painful and precarious by reason of the devastating eruption of the Mayon volcano on February 1, 1814. I beseech your help and assistance not merely as a spiritual father of these frightened and desolate people but also as an eyewitness of such great tragedy or calamity. This is what happened:

For over thirteen years prior to February 1, 1814, Mayon volcano was a picture of calm and serenity. No sign of activity could be seen on its placid exterior. The residents went about their daily business of living, discarding any fear of a possible or immediate eruption. For the last eruption had occurred forty-one years ago when it spewed a large quantity of stones, sands and ashes, thereby turning into a wasteland a great tract of the affected area. But since then, the said lands had grown to become lush vegetation and productive orchards and farms. The people became accustomed to the certainty that the volcano's turbulent or violent activities had been over. This self-assurance stems from the fact that no visible or audible signs of an impending eruption were seen or heard by the townsfolk immediately prior February 1, 1814 as what actually occurred during the last eruption in the year 1800. In short, there were no tell-tale signs. No smoke, no rumbling and not even consistent or prolonged tremors. True, we experienced some slight tremors last January, 1814 but we felt that they were not unusual or extraordinary. They were exactly like those we had experienced last October 5, 1811. We therefore assumed they were not danger signals since they were not accompanied by any audible subterranean movements.

February 1, 1814 was a Tuesday. I woke up to a tranquil and clear morning. But as I gazed into the Mayon volcano and its surrounding hills I noticed there was a thick mist enveloping the slopes of the mountains. I thought the mist was merely a smoke fire occasioned by the burning of a nearby house the night before. The tragedy started at 8 a.m. that day. We saw and felt nature's devastating and violent mood as Mayon volcano suddenly spurted thick columns of smoke, sand and ashes. It rose to a frenzy and immediately we were overcome with fear. Our fear turned into fright when we saw that the volcano began to overflow with hot lava. Instantly, we realized that our lives were in grave danger. Mayon volcano has suddenly turned from majestic to murderous.

The first thing I did was to empty the Tabernacle and consume the Holy Eucharist. I did not have time to assemble and talk to my parishioners. But we all ran to a higher place trying with all our might and courage to flee from the advancing huge and molten island of lava. The houses were not safe to take shelter and refuge from the equally destructive raining and fiery stones. For the houses soon became part of a large territorial inferno as they were hit by the avalanche of the molten lava and stone. Fear, anger and confusion gripped my people's lot. A great and tremendous devastation was unfolding for the very first time before our eyes. The skies seemed part of nature's conspiracy when it ruefully withheld and covered the sun's light. Our fear turned into panic when darkness prevented us from looking for farther and better shelter. Divine justice was definitely at work but who among us would survive to write of this harrowing episode presumably brought upon by the immoral lives of the townspeople as what has been written about the region of Pentapolis? Faced with this utterly desperate situation we turned our cries to heaven and begged or pleaded for God's mercy and forgiveness. And as darkness completely set in, the people's anguish turned to self-preservation. Every man has now to see for himself. Marriage and family relations were forgotten or put aside as everyone thought of his impending or imminent death. There was no escape from the divine wrath. The Camarines province looked like the scene in the Last Judgement. Those souls earmarked for death or destruction perished in the open fields; those providentially predestined for deliverance found shelter under animals' hides, wooden furniture or in a cave.

God's chastisement lasted for two hours. At 10 a.m., Mayon volcano became calm again. The lava and the stones stopped overflowing and raining, respectively. But we remained watchful and alert lest the sudden lull precede and herald a more violent volcanic upheaval. We stayed in our shelter until 2 p.m. of that day, when the sun finally filtered through the skies and dispelled the frightening darkness reminiscent of the Egyptian darkness during Moses' time. What spectacle appeared before our eyes! A dead or suffering humanity! Corpses littered the grounds charred or broken. So many lay dying mutilated and mangled. There was not much that could be done for the latter. Eventually, they were left to die for lack of material and medical help and assistance. Two hundred people died inside the Budiao Church. About thirty died in one house only, located in that town. For us who survived, our joy became short-lived. Suddenly husbands were deprived of their wives; parents of their children; children of their parents; and brothers of

their sisters or relatives. Almost every family suffered a loss of or injury to life. The survivors, including myself, escaped or cheated death because of Divine Providence.

The volcanic upheaval resulted in a complete destruction of five towns of Camarines province and partially damaged the capital of the Albay province. It claimed the life of several thousands of Bicolanos and their work animals; not to speak of so many thousands of injured, both men and beasts. Moreover, the survivors practically lost everything they owned — houses, farms, orchards, animals, clothes, money and other personal effects thereby reducing them to abject poverty or penury. The Church suffered as well. It lost a number of parochial buildings. The devastation was such that the sacraments could hardly be administered, more particularly the last rites for the dead and baptism for the infants. Holy water was not available for the administration of the latter sacrament.

The devastated towns were a desolate sight to behold. Thick layers of ashes choked off the life of green vegetation. The land's lush and fertile greenery became an arid desert. Even trees were not spared. They became a very scarce and sparing numbers almost to a zero. And so with the Mayon volcano. Its exquisite beauty was marred by the eruption. Its majestic height was decimated by twenty fathoms; its conical perfection was destroyed by three conspicuous but ugly and horrifying craters located on its side.

See here, generous residents of Manila how this volcanic eruption has reduced my flock to extreme want and deprivation. I am pained at the thought that they have to resort to begging and scavenging to remain alive. Will you not agree that they are a wretched and pitiable lot?

I am acquainted with your own poverty but I know that you have more to spare than they. I am not begging for money for I know you lack or need it yourselves but for old and unused clothes. Theirs is a greater misfortune and as their pastor I implore your beneficent generosity, Deprived of almost all possessions, your donation of old clothes is a magnificent act of charity which God will never allow to remain unrewarded.

I have told you of the following account not so much for recording history but for providing you a wonderful opportunity of helping your most destitute brethren. □

Francisco Aragoneses